

Films de Amor
50 cts.

A vintage movie poster for the film 'Casi Caballeros'. The poster features a close-up portrait of a man and a woman. The man, on the left, has dark hair and is looking slightly to the right. The woman, on the right, has dark, wavy hair and is looking towards the camera. The background is a solid orange color. The title 'Casi Caballeros' is written in a large, stylized, orange font with a black outline. Below the title, the names of the cast members are listed in a smaller, orange font. The poster is mounted on a dark background with two pieces of tape on the left edge.

Casi Caballeros

FAY WRAY

E. GRIBBON

V. MC LAGLEN

LEW CODY

STOLOFF, Ben



SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Reducción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbad, 16

B A R C E L O N A

Not Exactly Gentlemen, 1931
CASI CABALLEROS

adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el notable y simpático artista

VICTOR MC. LAGLEN

Novelada por M. NIETO GALAN

P R O D U C C I O N

HISPANO FOX FILMS, S. A. E.

Calle Valencia, 280 Barcelona

REPARTO

Bull	VICTOR MC. LAGLEN
Acc	Lew Codi
Bronco	Eddie Gribbon
Mary Carleton	Fray Wray

Argumento de dicha película

Lo mejor es reir

Será la mejor producción
de la próxima temporada,
cuya protagonista es la so-
la artista

IMPERIO ARGENTINA

la más eminente de las artis-
tas españolas y el simpático

TONY D'ALGY



Producción de la Divi-
sión

PARAMOUNT

La novela de tan sugestivo
film será editada por

Ediciones Biblioteca Films

96 páginas de texto

Precio: **UNA** peseta

PROLOGO

En las tierras del Mississippi, todavía casi vírgenes, reuníanse hombres de todas cala-
ñas. Por regla general, eran aventureros que
iban en busca de fortuna y que para obte-
nerla no despreciaban cualquier medio, por
ilegal que fuese.

Entre estos hombres que el huracán de
la vida había echado sobre aquellas tierras,
estaba Ace Beaudry, tipo elegante, de ado-
manes distinguidos y modales correctos, cu-
ya mayor corrección podía decirse que era
la facilidad con que manejaba los naipes pa-
ra ir desvaliando a cuantos caían en sus
manos. Era punto asiduo a todos los garitos
que infectaban aquellas tierras, y con poco
trabajo solía llevarse el oro que los demás
avancaban a costa de inmensos sacrificios.

Pero como contra todo vicio hay virtu-

des, contra la fullería de Ace estaba la complicidad de una de las mujeres que actuaban en el café donde se tiraba de la oreja a Jorge. En cuanto entró el jugador, la muchacha trató de conquistarlo con zalamerías, y él, bien convencido de sus palabras de amor, o bien fingiendo creerla, la dejó que se sentara a su lado. Mas a las pocas jugadas comprendió que era víctima de los manejos de la hermosa, y al quedar sin un céntimo se levantó de la mesa, diciendo:

—Vaya, caballeros; solamente hay una cosa que pueda ganar a cuatro "ases"!

Y sin dar tiempo a nada, sacó su revólver, y encañó a los demás jugadores, que sorprendidos por la maniobra, no tuvieron tiempo más que para levantar los brazos y quedar a merced de Ace, que siguió diciendo tranquilamente a la muchacha:

—Cuando yo le dije que la amaba, la engañé... y cuando usted miró mis cartas y dijo las que yo tenía a su amigo, me engañó. Así es que estamos en paz.

Recogió cuanto dinero había en la mesa, y un jugador intentó oponerse a ello, recibiendo un balazo que lo tumbó al suelo. Inmediatamente disparó contra la luz y quedó el recinto a oscuras, pudiendo huir, sin que nadie tuviera ocasión de detenerlo.

A los pocos días de haber ocurrido este hecho, en el único periódico que había en



—Solamente hay una cosa que pueda ganar a cuatro "ases"

la comarca, aparecía el retrato de Ace, con la siguiente inscripción:

1.000 dólares de recompensa para la información que contribuya al arresto de Ace Beaudry, jugador con ventaja, aventurero y ladrón.

Por aquellos días, en las Montañas Rocosas, lindantes con el Mississippi, sucedía otro hecho, que si no igual, era muy parecido. Otro de los aventureros que recorrían

aquellas tierras, esperaba parapetado tras unas peñas, y acompañado de una joven, la llegada de un tal Hunter. Acababa de realizar un robo de ganado, a instancia de la joven, y ésta le decía, sonriendo:

—Mi padre llegará de un minuto a otro, pero no sé por qué me parece que no le va a gustar a usted.

—Ya lo creo que me gustará— respondió su acompañante, llamado Bronco Dawson, un hombre rudo, que había cometido la tontería de dejarse enredar por los encantos de su compañera.

—Pues yo no opino lo mismo— insistió la joven.

—Está equivocada. ¿No fué él quien le indujo a pedirme que robara estos caballos?

Y el padre de la joven, que de tal parentesco con ella no tenía nada, apareció en aquel instante, y cuando Bronco fué a darle la noticia de que había realizado el robo, se encontró con el cañón del revólver de éste, a la vez que la joven reía alegremente, diciéndole:

—Ya le dije que no le gustaría ver a mi padre.

Y también días después apareció, junto con el retrato de Ace, en el mismo periódico el de Bronco, con el siguiente epígrafe:

La Asociación de ganaderos ofrece 1.000



—Mi padre llegará de un momento u otro.

dólares de recompensa al que capture a Bronco Dawson.

Y a lo largo del Río Grande, en uno de los cañes donde el amor de las mujeres era fácil mercancía de compra, otro hombre, llamado Bull Stanley, se entregaba en los brazos de una hermosa.

Se diferenciaba éste de los demás por su complexión hercúlea, su agigantada figura. Sus puños, como mazas de hierro, eran temibles cuando se descargaban sobre la cara

de cualquier inteltz, y además, poseía, como los otros dos, el don de no fallar nunca una bala de su revólver. No era de los que creían mucho en el amor, pero los ojos fascinadores de aquella mujer, habían conseguido posesionarse de su voluntad, y aun cuando la estrechaba entre sus brazos, le confesaba su desconfianza, diciéndole:

—Jamás creí poderme fiar de una mujer, pero usted parece distinta de todas las demás.

Y para convencerlo de que aquella también procedía de la otra Liva que supo engañar, con su agudeza a su compañero, en el mismo instante que la besaba sintió que el cañón de un revólver se apoyaba en su costado y que ella se separaba bruscamente de él, diciéndoles a los policías que habían aparecido:

—¡Cogedle!... ¡Ese es el hombre que robó el Banco!

Pero no era tan fácil como ella se había creído el poderse apoderar de Bull, puesto que éste, sin perder la serenidad, fué acercándose a uno de los policías y de un puntapié le hizo soltar el revólver, mientras que de un puñetazo se deshacía del otro. Inmediatamente saltó sobre su caballo, y segundos después, desapareció en la obscuridad de la noche.

Y en el mismo periódico en que aparecían

las fotografías de los otros dos, apareció también la suya, con la siguiente nota.

5.000 dólares de recompensa para la captura de estos tres criminales. Son perseguidos por malas artes, en el juego, por robo de ganados y por saltadores de Bancos.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

■ ■ ■ ■ ■	No deje de leer la	■ ■ ■ ■ ■
■ ■ ■ ■ ■	novela más gran-	■ ■ ■ ■ ■
■ ■ ■ ■ ■	de que se ha edita-	■ ■ ■ ■ ■
■ ■ ■ ■ ■	do hasta el día ti-	■ ■ ■ ■ ■
■ ■ ■ ■ ■	— titulada —	■ ■ ■ ■ ■

Un ab lero de Frac

por ROB-KTO R Y

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. Apartado 707. - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Devolvemos gratis

DIOS LOS ERÍA

"Dios los ería y ellos se juntan." Así reza el refrán y esta vez quedó, una vez confirmado. Por distintos caminos, como impulsados por una misma corriente, aquellos tres seres llegaron a converger en un mismo punto. Almas gemelas, no tardaron en comprenderse y entre ellos se creó una amistad de esas que tan solamente la muerte es capaz de anularla. Fueron tres hombres distintos y una sola alma para la realización de sus fechorías. Como sombras intangibles, cometían los delitos, sin que pudieran ser detenidos. El uno guardaba las espaldas del otro, y cuando uno de ellos se encontraba en peligro, la aparición, casi providencial de su compañero, venía a sacarlo del apuro.

La policía de la comarca estaba desesperada ante la inutilidad de sus esfuerzos y el jefe de ellos, a quien se le daba el nombre



En el momento en que le besaba...

de Alguacil, juraba y perjuraba de que tarde o temprano habían de caer en sus manos.

Pero, mientras tanto, ellos seguían campando por sus respetos, como dueños y señores de la comarca, sin que nadie se atreviera a hacerles frente. El nombre de cualquiera de ellos era pronunciado con cierto respeto, puesto que todos sabían la fortaleza de sus puños y la certeza de sus balas.

La afición de Ace por el juego era tal, que ni aun cuando cruzaban las extensas prade-

ras, abandonaba la baraja, sorprendiendo casi siempre la buena fe de Bronco. Durante una de estas correrías, los tres amigos quedaron sorprendidos por la aparición de una gran caravana que se dirigía camino de una pequeña población llamada Custer, lugar donde, precisamente, Hunter tenía establecido el único café que había en ella.

Bull, al ver la caravana, espoleó su caballo para acercarse al que la conducía, y Ace aprovechó aquel momento para sacar la baraja y sin bajar del caballo, decirle a su compañero:

—Vamos Bronco... una pequeña apuesta. Te apuesto dos contra uno que puedo cortar cualquier carta que nombres.

—Cinco contra uno a que no cortas el as de copas—respondió Bronco.

Y aquella, como todas las anteriores, las hábiles manos de Ace supieron cortar la carta que le había pedido su amigo, que exclamó contrariado:

—Yo nunca tengo suerte. El día que te pague va a ser mi ruina.

Bull, que había detenido al conductor de la caravana, seguía hablando con él y le decía:

—Lleva usted una caravana bastante grandel

—Pues, más de cien caravanas como ésta

van detrás de nosotros hacia Custer—respondió el conductor.

—¿Y qué es lo que pasa en Custer, para que vaya tanta gente?—preguntó Bull.

—Pues, que van a repartir, entre los colonos, las tierras de Dakota. Custer es el punto inicial para la gran carrera, que ha de tener lugar, para ganarse las tierras. Los colonos están llegando de todas partes.

—¿Y para recoger un pedazo de tierra, acude tanta gente?

—Es que no se trata de la tierra, sino de lo que hay encerrado dentro de ella. Esas colinas negras, que se ven desde aquí, están repletas de oro, y no me extrañaría que en Custer se reuniesen más de diez mil personas. No solamente van caravanas, sino que hay muchos que se dirigen aisladamente.

—¿Y cuándo es el día señalado para la carrera?—preguntó curiosamente Bull.

—El cañón, para anunciar la salida, se disparará el veinticinco de junio.

Se despidió de Bull, después de haber satisfecho su curiosidad, y el aventurero volvió a reunirse con sus amigos, quienes desde lo alto de una colina, veían cruzar los carros. Por fin desapareció el último de ellos y entonces vieron llegar, completamente sólo, a un carro, tirado por cuatro hermosos caballos y detrás de él, amarrados a la carreta, otros seis hermosísimos ejemplares.

Mas no solamente fueron ellos los que se dieron cuenta de la llegada de aquella aislada carreta, sino que oculto entre unos pinos, Hunter y su gente veían desfilas también la caravana, y vieron, como es natural, el otro carro.

Cuando estuvo cerca, Hunter se fijó en los caballos que llevaba enganchado y le dijo a sus hombres:

—¡Ahí viene un carronato con caballos de raza! ¡Ya os dije yo que no perderíamos el tiempo dándonos un paseo por estos alrededores!

—¡Son magníficos!—exclamó uno de sus hombres, admirando la planta de los caballos.

—Cuando yo esté fuera de la vista de ellos—siguió diciéndoles Hunter—coged esos caballos. Si la gente se resiste, usad las armas sin contemplación alguna. Lo importante es que los caballos pasen a nuestro poder.

Dada la orden se dirigió al pueblo para evitar cualquier sospecha, seguro de que el golpe no ofrecía la menor dificultad.

Y, sin embargo, igual admiración que en Hunter, habían causado los caballos en Bronco, que exclamó:

—¡Son de pura raza! ¡Vamos a cogerlos!

Ya se disponían a ello, cuando vieron que los hombres de Hunter intentaban hacer lo



—¡Qué destreza! ¡Esos bandidos se van a llevar nuestros caballos!

mismo. Desde el interior del carro sonaron varios disparos, que hicieron detenerse unos instantes a los salteadores, hasta que rebuchos contestaron con varias descargas, que hicieron exclamar a Bronco:

—¡Qué destreza! ¡Esos bandidos se van a llevar nuestros caballos!

Y para no dejarse ganar la partida, se lanzaron contra los salteadores, con el pro-

pósito, no de auxiliar a los propietarios del ganado, sino el de adueñarse de él ellos.

Consiguieron su objeto, y cuando los persiguieron en fuga, mientras que Ace y Bronco desataban los caballos de la trasera, Bull se asomó al carro y empuñando su revólver gritó:

—¡Manos arriba!

Apareció la cara más bonita de mujer que hasta entonces había visto. Con una dolorosa sonrisa, detuvo el gesto de Bull, mientras que le decía tristemente:

—¡Han muerto a papá esos bandidos! ¿Verdad que ustedes no son como ellos?

Bull no sabía qué contestar. Ante aquella cara tan angelical, tan divinamente bonita, se agolparon a su corazón todos sus buenos sentimientos y se guardó el revólver, a la vez que le decía:

—¡No tenga cuidado, señorita! ¡Puede confiarse a nosotros!

En aquel momento se acercaron los otros dos compañeros y Bull los obligó a dejar los caballos, a la vez que les entregaba una pala y les decía:

—Tenemos que hacer un entierro.

Ace y Bronco, quienes nunca se atrevieron a discutir las órdenes de Bull, tomaron las herramientas que les entregaba y empezaron a cavar la fosa, mientras que la muchacha lloraba amargamente, haciendo que por el rostro de Bull se deslizase más de una lágrima.

Medía hora después, el cuerpo del difunto quedaba sepultado por la tierra y la carreta se alejaba de allí, dejando tras ella el dolor de un triste recuerdo. Hunter podía anotarse en su haber un nuevo crimen.

.....

PRONTO...

NAUFRAGOS DEL AMOR

ULTIMA CRACION DE LA GENIAL
JEANNETTE MAC DONALD

CAMINO DE CUSTER

Los tres aventureros se ofrecieron a acompañar a la muchacha hasta Custer, para evitar que fuese otra vez sorprendida. El mismo Bull se hizo cargo de las riendas, llevando a su lado a la muchacha, mientras que los otros dos caminaban detrás del carro.

De cuando en cuando, la joven dirigía a su acompañante miradas de profundo agradecimiento, y Bull procuraba a toda costa evitar el encuentro de ellas. Aquellos ojos, al mirar, eran tan elocuentes, tan divinamente hermosos, que el arisco aventurero temía quedar, como en otra ocasión, prendido en sus encantos. ¿Acaso la otra no miraba también así? Pero súbitamente, después de hacerse esta pregunta, se reprochaba aquella

comparación y se decía que en el fondo de los ojos de esta muchacha brillaba un destello de nobleza, de pura ingenuidad, que era imposible fingir. Caminaban sin hablarse, como si el aventurero temiese romper el de aquel silencio, y solamente mirando de hurtadillas a su compañera, que al fin le dijo

—No sé como agradecerles todo lo que han hecho por mí.

—¡Bahl!—respondió secamente Bull, queriendo ser más arisco que nunca—. Eso no tiene importancia.

—Sin embargo, no puedo hacerme a la idea de que papá haya muerto—siguió diciendo la joven—; pero seguiré adelante. Se que éste era el deseo de mi padre y lo cumpliré, como me llamo Mary Charletton.

—¿Y qué es lo que se proponía su padre?—preguntó Bull.

—Denunciar una mina que descubrió años atrás y de la cual no pudo tomar posesión porque se hallaba en territorio indio.

—Pero ahora que el Presidente Grant ha abierto esas tierras podrá usted hacerlo.

—Por eso nos dirigimos a Custer. Trajimos nuestros caballos más rápidos, para

poder llegar los primeros. Papá me dijo que este sitio está amarillo, del oro que contiene. El había hecho un mapa con la situación del lugar donde está emplazada la mina; pero al matarlo, yo se lo quité.

Bronco y Ace, al ver tan entusiasmado con aquella charla a Bull, se sorprendieron y el primero de ellos le dijo al otro:

—Bull se está volviendo sentimental. La deja retener sus preciosos caballos y encima nos hace acompañarla hasta Custer.

—Eso es muy extraño en Bull—respondió Ace—. Vamos a ver qué es lo que hacen.

Cuando llegaron aún pudieron sorprender las últimas palabras de la joven, aun cuando Bull, no muy seguro de la honradez de sus compañeros, trató de engañarlos, diciéndoles:

—¿Sabéis lo que le estaba diciendo ahora mismo a la señorita Mary? Que la acompañaríamos parte del camino.

Tanto Ace, como Bronco, fingieron creerle y volvieron de nuevo a sus puestos. Una vez allí, Bronco, que se las daba de adivino, le dijo a su amigo:

—No se puede negar que ese Bull es lis-

to. Lo que trata ahora es de apoderarse del mapa, para luego repartirnos el oro. No está mal el negocio.

Pero Ace no opinaba de igual manera, a pesar de que no tenía motivo para dudar de la buena amistad de Bull, y poco a poco se iba convenciendo a sí mismo, de que lo que pasaba era sencillamente de que Bull había quedado prendido en la mirada de aquellos hermosos ojos. Mas así y todo, un impulso incomprensible, un deseo inexplicable le hacía acatar gustoso aquella orden de acompañar a la muchacha e incluso se sentía satisfecho de poderla librar de cualquier contratiempo que pudiera ocurrirle.

Y mientras Bronco pensaba en el oro que se repartirían, Ace pensaba en el influjo que puede ejercer una mujer para conseguir que un hombre se convierta al buen camino, por muy malo que haya sido.

Seguía la carreta su caminar lento, rodando pesadamente por la arena de la extensa llanura, y a medida que se acercaba Custer, Bull sentía una vaga desazón, algo así como si temiese que se acabara aquella marcha al lado de Mary. Esta, por su parte, seguía

hablándole de sus propósitos, dándole cuenta de todos sus pensamientos, y al expresarse, sus palabras, tan llenas de dulzura e ingenuidad, iban cambiando la brusquedad de Bull por una mayor expansión. Poco a poco la conversación entre los dos fué animándose, y sólo se dieron cuenta del tiempo transcurrido cuando, al caer la tarde, entraron en Custer.

Una abigarrada muchedumbre se había establecido en el poblado. Miles de seres acampaban en él, y todo era allí actividad y movimiento. Mientras las mujeres se cuidaban de preparar la comida, los hombres arreglaban los desperfectos causados en sus vehículos por el viaje, para tenerlos dispuestos para el día siguiente, en el que había de celebrarse la carrera.

En los rostros de todos se dibujaba ese optimismo que precede a la realización de un hecho que se desea, y aquellos hombres, venidos de lejanas tierras, miraban ansiosamente las altas colinas, como si quisieran, con sus miradas, escudriñar sus entrañas, para ver el oro que ocultaban en ellas.

La carreta de Mary Carleton se detuvo

frente al café de Hunter, y Bull bajó de ella, diciéndole a la joven:

—Tenemos que entrar en esta farmacia... A Bronco le duele la garganta.

Bronco quedó sorprendido por aquel dolor que no experimentaba, y le dijo extrañado a su compañero Ace:

—A mí no me duele la garganta.

—Claro que no—respondió Ace—. Tú tienes el dolor algo más arriba.

—¿Más arriba de la garganta? Pues tampoco me lo siento.

—¿Cómo te lo vas a sentir, si no tienes nada en la cabeza?

Bull se acercó a ellos en aquel instante, y cogiéndolos por el brazo se los llevó al interior del café para hechar un trago de algo fuerte que humedeciese sus gargantas. Mary, al leer al rótulo del establecimiento, comprendió el mal que les aquejaba a aquellos tres hombres que tan caballerosamente se habían portado con ella, y sonrió ante la excusa, casi infantil, de Bull.

Mary quedó en el interior de la carreta, esperando el regreso de sus amigos y presenciando la agitación que se advertía en

todos los demás que habían llegado. Ninguno se daba un momento de reposo, y hasta un sacerdote, que se dirigía también hacia las tierras que se iban a otorgar, iba de un lado a otro ridiendo una limosna para edificar una iglesia. Se acercó a Hunter, que desde la puerta de su café no perdía de vista a Mary, y le dijo:

—Señor Hunter: estoy haciendo una suscripción para construir una iglesia, ¿quiere usted que le apunte, aunque sean diez dólares?

Hunter, antes de contestar, se acercó a la carreta en donde estaba Mary y respondió en voz alta, para que ésta lo oyese:

—Sí, señor, para mí es un placer el poder hacer una obra de caridad. No solamente consiento en suscribirme, sino que lo hago por cien dólares, en vez de diez.

—Usted siempre tan bondadoso— exclamó el pobre sacerdote, recogiendo el dinero y apuntando la cantidad que le había entregado Hunter, quien a su vez se dirigió a Mary y se presentó el mismo diciendo:

—Señorita, permítame que me presente

yo mismo, por si en algo puedo serle útil, me llamo Hunter.

—¿Es usted el dueño de este establecimiento?—preguntó Mary, señalando al café.

—Es mío y puede usted disponer de él—respondió con vanidad Hunter.

Pues no cabe duda de que es un lugar muy del agrado de los hombres—exclamó Mary.

—Y de algunas mujeres; también—respondió maliciosamente Hunter—. En él puedo ofrecerle hospitalidad.

—Muchas gracias—replicó secamente Mary—. Voy con tres hombres y ellos dirán donde tengo que pasar la noche.

—¿No querrá usted decir, que esos tres "caballeros"—y subrayó la palabra—son íntimos amigos de usted?

—¿Ni tampoco pretenderá usted, que yo le dé cuenta, ni de mis actos ni de mis pensamientos?

La contestación fué tan certera que Hunter, sin saber que responder y comprendiendo que había ido más allá de lo que le convenía, se limitó a decirle:

—No quise ofenderla a usted, señorita...

Es que quería solamente prevenirla de que tuviese mucho cuidado con quién hacía amistad. Hay por aquí mucha gente maleante, de la cual hay que prevenirse.

—De eso estoy ya segura — exclamó Mary.

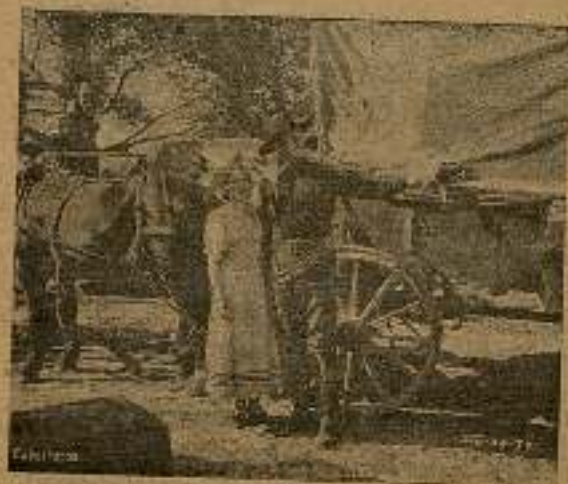
Además, temiendo unos caballos tan hermosos, debía usted tener más cuidado todavía. Por aquí hay mucha gente sin escrúpulos.

Bull, que había aparecido en la puerta del café, al ver al dueño de éste hablando con Mary, acudió presuroso a donde estaba ella. Sabía de sobras que aquel hombre no podía sentir en toda su vida un sentimiento noble, y para impedir que pudiese cometer alguna indiscreción la muchacha, se puso a su lado para defenderla.

—¿Quería usted algo, señor Hunter?—le preguntó con fingida amabilidad, que no pasó desapercibida para el propietario del café.

—Solamente el gusto de poder conocer de cerca a la señorita Carleton— respondió.

—El señor Hunter—terció Mary—me estaba diciendo que debía tener cuidado con mis amistades.



—Nosotros iremos allí mismo.

—Es muy simpático el señor Hunter—replicó Bull—; pero no me gusta que se moleste tanto por las personas de mi amistad. Ya sabe usted que para eso me basto yo y mis compañeros.

—A mí no me importan las molestias... "de ninguna clase"—respondió Hunter, admitiendo el reto de Bull.

Este, que no era hombre para quien la pa-

ciencia fuese una virtud, se preparaba ya a terminar el asunto a puñetazo limpio, pero Mary lo arrajo suavemente hacia el carro, diciéndole:

—¿No le parece mejor que sigamos?... Va siendo hora de acampar.

Bull admitió el deseo de la joven y dejó la solución de aquel asunto para otra ocasión, pensando que no había de faltarle motivos para reanudar la disputa, ya que ahora se había convencido de que los caballos de la señorita Carleton habían llamado la atención de Hunter.

Este, en vista de que Bull pareció no admitir pelea, se engalló y se alejó de allí para acercarse a donde estaban sus hombres, con aires de triunfador.

Uno de sus cómplices, al ver que había pasado, quiso también dárselas de valiente, y le dijo a uno de sus amigos:

—Yo no creo que ninguno de esos tres hombres sean tan temibles como dicen.

Pero para demostrarle cuán engañado estaba, Bronco, que le oyó, se acercó a donde estaba el espontáneo, valiente, y separando de un manotón a todos los demás, le dió

un puñetazo que lo derribó por tierra. Sin detenerse siquiera a que se levantara, echó a andar tranquilamente hacia la carreta, y todos juntos se dirigieron hacia el lugar elegido por Bull. Una vez allí ayudó a bajar a la joven, y le dijo:

—Aquí estará usted bien acampada.

—¿Estarán ustedes muy lejos de mí?—preguntó la muchacha.

—¿Tiene usted miedo? — inquirió Bull, sonriendo.

—Sabiendo que los tengo cerca, no—contestó sinceramente Mary.

—Pues entonces puede estar tranquila. Nosotros estaremos ahí mismo.

Entre los tres montaron la tienda de campaña, en la que había de pasar la noche Mary, y después colocaron la suya, para esperar al día siguiente la hora de la carrera.

Ace y Bronco se dedicaron a pasar la velada jugando, mientras que Bull seguía haciendo compañía a la muchacha.

Bronco, en medio de su tosquedad, creía que todo lo que hacía Bull era para apoderarse del mapa de Mary y poder demin-

ciar al día siguiente la mina, y por lo mismo le decía a su compañero:

—Este Bull está trabajando bien el asunto. Ya verás cómo esta noche aparece aquí con el mapa de la mina.

—Y entonces me podrás pagar todo lo que me debes—le respondió Ace—. Ya sabes que te he ganado doce mil dólares.

—Bueno, no te discutiré la deuda—replicó Bronco—; pero antes hay que pensar en la forma de que la mina pase a nuestro poder.

En este punto se hallaban de acuerdo, tal vez por primera vez, los dos amigos. Aquella riqueza que contenía la mina era la obsesión de los hombres y estaban decididos a quedarse con ella fuese como fuese, sobre todo cuando se hallaban lejos de Mary y no sentían sobre ellos la influencia de su bondad y de su belleza.

Mary, a solas con Bull, seguía dándole noticias de cómo su padre había conseguido descubrir la mina, y le dijo últimamente:

—Menos mal que los hombres que nos atacaron no se llevaron el mapa.

—Ya propósito de él—exclamó Bull—,

¿no le parece que sería mejor que se lo guardara yo?

—No respondió la muchacha—, se lo agradezco mucho. Pero estará bien en mis manos. No es que dude de usted, sino que no podría estar tranquila sin tener la seguridad de que está en mi poder. Papá se gastó todo lo que tenía para este viaje, y si no logre encontrar la mina, no sé qué sería de mí.

—Pero mientras ese mapa esté en su poder, corre usted un serio peligro... Alguien puede saberlo...

—No se preocupe. Yo le agradezco el interés que se han tomado conmigo. Créanme que jamás podré olvidarlo... Esto se lo digo desde el fondo de mi corazón.

—Como usted quiera—respondió Bull, levantándose para ir a su tienda de campaña. Que duerma usted bien.

—Tenga la seguridad de que dormiré como hace tiempo que no lo he hecho, sobre todo sabiendo que ustedes vigilan para que nada malo me pase.

Hunter seguía mientras tanto sus propósitos de apoderarse de los caballos de Mary,

y reunió a sus hombres, diciéndole a uno de ellos, o sea al que más confianza le merecía:

—Vigilad el carromato de esa muchacha y ver si aquellos tres hombres acompañan a la muchacha. Uno de ellos es antiguo conocido mío, y me extraña que todavía no se me haya dado a conocer. Tenemos una cuenta pendiente y creo que querrá saldarla, si antes no lo quito de enmedio.

El enviado por Hunter se acercó a la tienda donde acampaban los tres amigos y escuchó las palabras que éstos decían en el momento que acaba de llegar Bull:

—¿Conseguiste el mapa?—le preguntó Bronco.

—Todavía no — respondió, disgustado, Bull.

—Pues yo tengo un plan para ello—propuso Ace—. Su garganta es demasiado bonita para cortársela, pero yo creo que con un pequeño golpecito en la cabeza... ¿eh?

—Eso no se puede hacer con una muchacha—protestó, indignado Bull—, y menos con "ésta".



—Tal vez... podríamos casarnos.

Bueno, pues pensemos algo—siguió diciendo Ace—. La situación es la siguiente: miss Carleton posee un mapa de una mina de oro, y tenemos que tener ese mapa antes de mañana... ¿Qué te parece, Bull?

—Yo no estoy conforme con nada que se le pueda hacer para perjudicarla. Trabajad solos.

—¿Es decir, que vas a abandonarnos por

una mujer?—exclamó Bronco—. ¡Eso no tá bien, Bull?

—Calma, amigos—intervino Ace, que era el de las proposiciones casi siempre más acertadas—. Yo tengo la solución... No se preocupen... ¡El mapa ya es nuestro!

¿Cómo?—preguntó, extrañado, Bronco.

—Muy sencillo. Voy a casarme con ella. Lo que es de la mujer es del marido; por consiguiente, el mapa será mío. Tengo toda la noche, tiempo suficiente para que pueda cortejarla, y no creo que con mis hechuras vaya a negarse a aceptarme por marido. Voy a verla.

—¡De ningún modo!—exclamó Bull, interponiéndose—. Hasta ahora hemos compartido nuestra suerte, nuestras alegrías, nuestro dinero y los peligros. No vamos a consentir que te arriesgues tú solo.

—Llevas razón—admitió Ace—. Lo decidirán las cartas. El que saque la carta más alta irá primero a pedirla. Si ella no lo acepta, irá el segundo y después el tercero.

—¡Aceptado!—exclamó Bull.

Ace empezó a trabajar, pero Bull le quitó los naipes, diciéndole:

—Ya sabes: que entrá nosotros hay franqueza y confianza, por lo mismo déjame que baraje yo.

Ace le entregó la baraja, y cuando Bull se la ofreció a Bronco para que cortase, éste la tomó también, diciendo:

—Déjame que yo le dé unos golpecitos. Creo que no estará de más tratándose de tres caballeros como nosotros.

Por fin empezó el juego, y Bull fue el encargado de sacar la carta de cada uno. A Bronco le tocó el cuadro de copas, a Ace el tres y a él el dos. La mala suerte le perseguía, porque él hubiera querido ser el primero, seguro de que la muchacha no se habría negado a ser su esposa. Mas como la palabra era palabra, dejó la preferencia a Bronco, que estuvo a punto de negarse, diciendo:

—Yo, la verdad, sé tratar muy bien a los caballos, pero no entiendo nada de mujeres. Además, una vez que quise probarlas, por poco me cuesta la vida.

—Pues no hay más remedio—exclamó Bull—. Hemos decidido acatar la suerte de las cartas y hay que cumplir lo pactado.

Relautuñando por lo bajo, y no porque no le gustase Mary, Bronco se fué en busca de la muchacha, a la que sorprendió sin haberse acostado todavía. Esta, al verlo llegar y dar vueltas y más vueltas a su sombrero, le preguntó, extrañada:

—¿Qué hay, Bronco?... ¿Sucede algo?

Nada, no se alarme—exclamó inmediatamente para tranquilizarla.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

—Pues porque quería decirle una cosa.

—¿De qué se trata?

Verá usted, yo estoy loco por los caballos... y sé que a usted le gustan también, y esto me ha hecho pensar...

No se atrevió a terminar la frase, y ella, comprendiéndolo, se echó a reír y le preguntó cariñosamente:

—¿Pero qué diablitos quiere decir?

—Pues que tal vez... pudiéramos casarnos...

Mary no pudo menos que reír de buena gana al ver los apuros del pobre, y éste le dijo:

—¿Esa risa quiere decir que no me acepta?

—No podría casarme con usted, Bronco.

Usted es para mí como un hermano... y así quiero que sea siempre para mí, que me quiera como a una hermana...

—Gracias, por el peso que me ha quitado usted de encima—exclamó suspirando Bronco—. Y en cuanto a eso de hermano, puede usted estar segura de que seré su hermano.

—Entonces... ¿no era nada más que eso lo que le pasaba?

—Nada más—respondió Bronco—. Y ahora me voy.

Corrió a donde estaban sus compañeros, y Ace, que era el que le seguía en turno, le preguntó apenas llegó:

—Pues me ha dicho que no—respondió alegremente Bronco—. Buen peso me ha quitado de encima esa muchacha. Me parece que ahora es cuando la voy a querer de veras.

—Bien—continuó diciendo Ace—; he dedicado toda mi vida a las cartas y a las mujeres... Ya podéis ir mandando en busca del cura, que nos ha de casar. Sería esta la primera que no reconociese mis encantos.

Salió decidido a espetarla su declaración amorosa, pero antes de llegar a ella, quiso ensayar algunos gestos y ademanes corteses, y en la misma puerta de la tienda de Mary empezó a hacer todas aquellas galantes filigranas, sin fijarse que la joven lo estaba

viendo y que aguantaba la risa a duras penas. Cuando comprendió que ya había terminado, corrió al interior de la tienda y esperó la llegada de su segundo pretendiente.

Apenas entró salió ella a su encuentro y le dijo, sin darle tiempo a hablar:

—¡Oh, Ace! Me acaba de ocurrir la cosa más graciosa que puede usted imaginarse. Bronco me ha pedido en matrimonio.

—¿Y qué le ha contestado usted?—preguntó Ace, para saber por el lado que tenía que atacar.

—Lo que tenía que contestarle, que no podía casarme con él, como tampoco me podría casar con usted, si me hiciera la misma petición. Usted es el tipo del perfecto caballero como los hay en el Sur. Me di cuenta de ello tan pronto como le conocí, y desde entonces le quiero como si fuera mi hermano... ¿Quería verme para algo?

Antes las anteriores palabras, Ace no sabía qué decir. ¿Quién era capaz de enturbiar aquel puro cariño fraternal con la idea de un casamiento de conveniencia? Pero como de alguna forma tenía que justificar su visita, se limitó a decirle:

—Quería solamente saber si se encontraba a su gusto y si había alguna cosa que pudiera yo hacer por usted.

—Estoy bien, gracias, hermanito—respondió mimosamente la joven.



Vaya hasta el punto de partida.

Y en la cara que llevaba cuando se presentó a sus compañeros, comprendieron éstos que a Ace le había resultado su visita tan infructuosa como la de Bronco, que le preguntó apenas llegó:

—¿Qué te ha dicho?

Ace no quiso declarar su aplastante derrota, y respondió:

—Pues la joven se volvió loca de alegría...

Lloró de emoción y me pidió algún tiempo para pensarlo, y como la cosa ha de ser esta noche, pues he perdido el tiempo.

—¡Sois unos imbéciles!—exclamó Bull—. ¡Ya veréis cómo a mí no me rechaza!

Y plenamente convencido de que él conseguiría lo que los otros no habían logrado, fué en busca de Mary. Mas al estar junto a ella sintió que su conciencia se revelaba contra el propósito que le había inducido al lugar de la joven y que él revelaba contra el amor y que el amor que por ella empezaba a sentir, le obligaba a obrar por primera vez en su vida con toda generosidad y nobleza.

—Pero, ¿también usted?—preguntó Mary al verlo entrar—. ¿Es que todos ustedes se han propuesto esta noche hacerme la misma visita? Va a resultar esto muy gracioso.

—No es tan gracioso como usted piensa, Mary—exclamó seriamente Bull—. Yo no estoy aquí por la misma razón que mis amigos.

—¿Por qué me habla de esa forma?—preguntó alarmada Mary.

—Usted no lo sabe bien, Mary—siguió diciéndole Bull, decidido a confesarle toda

la verdad—; pero corre usted un gravísimo peligro desde que se unió a nosotros.

—No me importa—respondió decidida la muchacha—. Ustedes me salvaron y quiero compartir con ustedes todos los riesgos. Es a lo menos que puedo tener derecho, si verdaderamente corresponden con igual cariño al que yo les profeso.

—Es que nosotros no somos lo que usted se piensa, Mary—siguió diciéndole Bull—. No somos exactamente unos caballeros. Todo lo más que pudieramos ser es unos casi caballeros. No hay nada en el mundo de lo que nosotros no fuéramos capaces de hacer, mediando oro de por medio... ¿Verdad que somos muy malos?

—¿Y ese es el único peligro que corro?—preguntó la joven, después de unos segundos de reflexión.

—¿Le parece pequeño?—preguntó extrañado Bull, de que aquella muchacha fuese la primera persona que no temblase a su presencia.

—¡Y tan pequeño!—repuso ella—. No les temo. Sé lo que me quieren y no les temo. Y para probárselo mejor, reclinó su linda cabe-

cita sobre el pecho de Bull, que, dando un fuerte suspiro, ahogó una palabra que iba a salir de sus labios y que no estaba bien pronunciarla delante de una joven, y exclamó finalmente:

Lleva usted razón. Puede confiar en nosotros, que sabremos protegerla contra todos. Nada le pasará mientras yo esté a su lado.

Volvió al lado de sus compañeros, que lo recibieron diciéndole a dúo:

—¡Hola, hermano!

Y tomando a broma lo sucedido, salieron para beber unas copas en el café de Hunter.

BIBLIOTECA FILMS Y FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas

El único secreto de Mary

A pesar de la hora, el café de Hunter estaba abarrotado de hombres. Todos habían alegremente y no tardaron Ace y Bronco en hacerles la competencia. El único que casi probaba la habida era Bull. Sospechaba de Hunter y no le perdía de vista, aunque procuraba disimular lo mejor posible. Seguía la animación general, cuando Hunter salió hacia la puerta, en el mismo instante en que aparecía un joven. Se veía que acababa de llegar y la perfección de sus facciones varoniles inducía desde una principio a su simpatía. Este nuevo personaje detuvo a Hunter y le preguntó amablemente:

—Perdone, señor. ¿Podría usted decirme

dónde podré encontrar el carro de los Carletton?

—Es algo difícil hallar a alguien esta noche—respondió Hunter. Hay más de mil carros acampados por aquí.

Y sin querer seguir la conversación salió del café, sin darse cuenta de que Bull le seguía los pasos. Los otros dos amigos, un poco cargados de alcohol, volvían a pensar en la posesión de la mina y Ace le decía a su compañero:

—Si ella tuviera un marido, le daría el mapa, como es natural, y entonces podríamos matarlo, muy cortésmente y quitárselo... ¿Qué te parece?

—¡Magnífico! Lo que debemos hacer ahora es buscarle un marido... y en seguida.

Y bajo los vapores del alcohol, que apenas si les dejaba coordinar las ideas, se precipitaron en busca de un hombre que quisiera casarse inmediatamente. Detuvieron a uno que caminaba hacia la puerta de espaldas a ellos y que parecía joven, pero al volverse se dieron cuenta que era chino y que habían metido la pata. Luego se acercaron a otro y le preguntaron:

—¿Quiere usted tomar mujer?

—¿Y qué hago yo con la mía?—respondió el otro—. ¿Se cree que me sobra?

—No te desanimes—le dijo Ace—sigamos buscando.

Y mientras ellos se ocupaban en tal delicada misión, Hunter salía al campo para dar un vistazo al lugar donde se hallaba el carro de Mary. Antes de llegar a él se le acercó el sacerdote y le dijo alegremente:

—Señor Hunter, quiero darle las gracias. Cuando se supo que usted encabezaba la lista todos han querido suscribirse.

—¿Y asciende mucho lo que ha recaudado?—preguntó Hunter.

El sacerdote, creyendo de buena fe la pregunta le respondió con sinceridad:

—Ya pasa de los dos mil dólares.

Hunter, por toda respuesta, sacó la pistola, y encañonando al cura le dijo, riendo:

—¡El Señor se los dió y el Señor se los quita!

El pobre sacerdote no tuvo más remedio que entregarle el saquito con el dinero, pero al mismo tiempo Hunter sintió que el cañón

de una pistola se apoyaba en su espalda, y oyó la voz de Bull, que le decía:

—Devuelva ese dinero inmediatamente.

Obedeció Hunter, y cuando otra vez estuvo en poder del sacerdote, le dijo a éste:

—Cuando inaugure la iglesia, avíseme, para que le ayude a pasar el cepillo—. Y sin dejar de amenazar a Hunter, lo dijo:—Ahora vámonos nosotros hacia el café, que allí es donde usted está haciendo falta.

El joven que momentos antes había llegado al café, seguía preguntando a todo el mundo acerca del lugar donde estaba el carro de los Carleton, hasta que por fin uno de ellos le dio las señas deseadas. Sin detenerse un instante se dirigió hacia donde le habían indicado, pero fué detenido por Bronco y Ace, que le preguntaron:

—¿Quiere usted tener una esposa bonita? Podemos proporcionarle una muchacha encantadora.

—Gracias, no me hace falta—respondió el joven—. Tengo yo una que vale por todas juntas... Sólo por ella he andado más de dos mil millas.

Y en vista de que no daban con ninguno que se quisiera casar aquella noche, pretendieron ahogar su fracaso en la bebida. Sin embargo, Bull no les dio tiempo para ello, porque cuando volvió con Hunter al café se los llevó por un brazo, pensando en que tal



—¿Qué es el único pelear que corre?

vez tendría que entrar en acción antes de que ellos mismos se dieran cuenta.

Juntos se dirigieron a su tienda, pero al pasar por delante de la de Mary, vieron en su interior dos sombras. Una, no cabía duda, era la de Mary, y la otra la de un hombre. La posición de ambos dejaba ver claramente que en aquel instante se besaban tiernamente.

Bull, sin poderse contener, abrió de pronto la tienda y quedó sorprendido al ver en

su interior a un joven. Bronco y Ace reconocieron inmediatamente al joven que no le había querido aceptar la muchacha que le proponían, porque decía que él tenía una que vala por todas juntas.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó enérgicamente Bull, dejándose llevar por los celos.

—Yo se lo diré—respondió Mary—. Quiero presentarles a Bruce Randolph, mi prometido. Le he contado todo lo bueno que han hecho ustedes por mí.

—Tengo mucho gusto en conocerles—exclamó el joven—, y quiero darles las gracias por la ayuda que le han prestado a Mary.

Bronto estaba loco de alegría y no pudo menos que decirle a Ace, sin que nadie le oyerá:

—Ella misma ha encontrado el marido. Esto marcha admirablemente.

Bruce fue estrechando la mano de todos y cuando lo hizo Bronco, éste le dijo a Mary, a la vez que miraba intencionadamente a Ace:

—Nunca se puede él imaginar lo contentos que estamos de que haya venido.

—Hubiera llegado — respondió Bruce—, pero tuve que hacer primero un viaje a Virginia.

—Bruce puede pasar la noche con ustedes—exclamó la joven—. Crean que le cuidarán bien.

— Puede estar segura de que le cuidaremos admirablemente... lo mismo que si fuera una mina de oro... ¿verdad, Ace?

—Exactamente igual—respondió éste.

Y el muchacho, confiado a la amistad de aquellos tres hombres, se fué con ellos para esperar la llegada del día siguiente, en el que había de tener lugar la carrera.

RECUERDE ESTE TITULO

EL TENIENTE SEDUCTOR

EL TENIENTE SEDUCTOR

POR EL INCOMPARABLE

CHEVALIER

El secuestro de Mary

Poco a poco el poblado fué quedando en silencio. Las últimas hogueras formadas por los que acampaban en él fueron extinguiéndose, hasta que todo el mundo quedó entregado al descanso.

Solamente algunos hombres permanecían atentos, como si esperasen aquellos momentos para realizar un acto en el cual debía ser cómplice la oscuridad. Eran estos Hunter y sus hombres. Uno de ellos, el que Hunter había enviado para vigilar el carro de Mary, le decía a su jefe:

—Yo oí cómo uno de esos hombres hablaba con los otros sobre un mapa que guarda la joven, en el cual está señalado el lugar donde hay una mina.

—Pues eso es suficiente para que obremos con gran rapidez—exclamó Hunter—. El oro de esa mina puede ser nuestro. ¿Estáis decididos a cumplir mis órdenes?

—¡Sí!—gritaron todos en voz baja.

—¡Pues manos a la obra, yo os diré lo que hay que hacer! ¡Venid conmigo!

Y deslizándose por entre los carros y tien-

das de los que acampaban por allí, Hunter condujo a sus hombres a la tienda que ocupaba Mary.

Los primeros rayos de la aurora del día siguiente fueron poniendo en conmoción a todos aquellos intrépidos descubridores de tierras. Cada uno daba los últimos toques a sus vehículos, cerciorándose de que todo funcionaba normalmente. Paulatinamente el murmullo fué acrecentándose, hasta convertirse en el mismo griterío de la noche anterior.

En la tienda ocupada por Bull y sus amigos también se notaba la actividad de los trabajos, encaminados a preparar todas las cosas para la carrera que había de celebrarse. Cuando todo quedó ya listo, esperaron a que Mary los avisase para ir a ayudarla. Pero el tiempo pasaba y la joven no aparecía, hasta que finalmente Bull les dijo:

—¿Es raro que todavía no haya llegado miss Carleton?

—¡Vamos a buscarla!—propuso Bruce.

Aceptada su proposición, todos se dirigieron a la tienda de la muchacha, y Bruce entró en ella para despertarla. Mas cuál no sería su sorpresa al ver que la joven no estaba allí. Salió inmediatamente y exclamó angustiado:

—¡No está aquí Mary!

—Algo debe haber ocurrido. Pero antes de

precipitarnos debemos cerciurarnos. Usted—dijo señalando a Bruce—vaya hasta el punto de partida, a ver si la encuentra; tú, Bronco, ve por la parte norte, inspeccionando todo, por si encuentras algo sospechoso, y tú, Ace, quédate aquí, por si vuelve y no nos encuentra. Yo, por mi parte, voy a indagar por otro lado.

Salió Bruce en dirección del lugar que le había señalado Bull; Bronco hizo lo mismo, y mientras que Ace se quedaba de guardia, Bull se dirigió al café de Hunter, seguro de encontrar allí a la paloma.

No se había equivocado el aventurero, puesto que aquella misma noche Mary había sido secuestrada y conducida al café de Hunter, donde convenientemente maniatada estaba encerrada en una de las habitaciones superiores del edificio.

Momentos antes de que entrara Bull al café su propietario había salido de él, después de quitar a la muchacha el mapa y de haber ordenado a sus hombres:

—No será difícil hallar la mina. En este mapa está bien designada. Pero no obstante, vosotros deslizaos por la pendiente y esperad en el desfiladero, sin que dejéis pasar a nadie. No quiero líos con el Gobierno y partiré con todos los que van en busca de tierras y denunciaré inmediatamente la mina.

Bull, apenas entró en el café, notó algo

anormal. Le extrañó la ausencia de Hunter, y preguntó por él al dependiente, que le contestó:

—Hunter está en el punto de partida, donde tú debieras estar también.

—Ya sabes que a mí me preocupa poco todo lo que va a suceder allí—respondió Bull, dándose cuenta de que a la puerta de una de las habitaciones, precisamente donde estaba encerrada Mary, había un hombre de guardia, si bien en la puerta de la calle había también otro que debía estar para ayudar a su compañero.

Mary, desde su encierro, había oído la voz de Bull, y para anunciarle que estaba allí se deslizó desde la cama donde había sido echada, al suelo, y golpeó con los pies las maderas del pavimento. Comprendió en seguida Bull que se trataba de la joven, y sin más dilación intentó subir la escalera, pero quedó detenido por el hombre que había de centinela abajo, que le dijo:

—Más vale que te quedes ahí, Bull.

Pero no le hizo caso, fué a subir y el centinela lo encañonó con su revólver, dispuesto a hacerle fuego. Sonó de pronto un disparo y el centinela cayó mortalmente herido. El otro de arriba se aprestó a la defensa, pero un nuevo disparo dió con su cuerpo en tierra, desde donde estaba. Inmediatamente aparecieron varios cómplices de Hunter, y

Bull pudo ver que no se encontraba solo para la defensa de la joven, ya que Ace, con una oportunidad admirable, había llegado en aquel instante, intranquilo por la tardanza de su compañero.

Inútil es decir la lucha que se entabló desde aquel momento. Los dos hombres luchaban contra los cinco o seis que habían salido para impedir que se llevasen a Mary, y las sillas y las mesas, ya que no daba tiempo a hacer uso de las pistolas, volaban por el aire, como armas de defensa.

Mas no tardó en ser aumentada la defensa de Bull con sus otros dos compañeros, Bruce y Bronco, quienes después de buscar inútilmente a la joven, habían vuelto al poblado para informar a Bull de lo infructuosas que habían resultado sus gestiones. Al no encontrarlos se dirigieron al café y se encontraron con la lucha que acabamos de detallar. Pronto los puños de Bronco pusieron en huida a los enemigos, y segundos después conseguían la libertad a la joven, que les ponía al corriente de lo que había sucedido.

—Después de amarrarme y traerme aquí—les dijo Mary—, me han robado el mapa de la mina.

—Vamos a ver dónde está Hunter—exclamó Bruce.

—Hunter está en el punto de partida, es-



—Hunter y presentamos a mi prometida.

perando la hora de la carrera—exclamó Mary—. Le oí decir a sus hombres que se adelantasen al desfiladero para no dejar pasar a nadie.

—¡Lo malo es que sin el mapa no podremos encontrar la mina! Si al menos suplésemos su situación—exclamó Bull.

—Estoy segura de poder encontrar el camino. Me sé el mapa de memoria.

—Pues corramos — ordenó Bull—. Sola-

mente nos quedan unos minutos para poder llegar al punto de partida.

Montaron cada uno en un caballo y se dirigieron a donde estaban todos los carros, esperando el disparo del cañón para emprender la carrera. Antes de que pudieran llegar al lugar de partida, sonó éste, y todos los que esperaban se lanzaron en una desenfrenada carrera, a la cabeza de la cual figuraba Hunter.

No por eso se desanimaron Bull y sus hombres, sino que ostigando cada vez más a sus caballos, siguieron corriendo para poder alcanzar a Hunter. Era imponente el aspecto que ofrecía la amplia llanura que se extendía ante ellos. Muchos carros aparecían ya con las ruedas rotas, por el esfuerzo a que los habían obligado sus dueños, mientras que otros seguían corriendo hacia la ansiada meta. Por entre ellos Bull y sus hombres, en unión de Mary, seguían corriendo, cortando cada vez más el camino que los separaba de Hunter.

Este, al ver que era seguido por ellos, obligó más aún a su cabalgadura, que hacía esfuerzos inauditos por salir victoriosa en aquella lucha.

Los gritos de los conductores de los carros, animando a sus caballos, producían un griterío infernal, y los nobles brutos, como poseído por una locuda, corrían inconscien-

tes, sin hacer caso ya de la dirección que querían imprimirles sus dueños.

Rápidamente los carros iban quedando atrás, y Mary, con sus amigos, iban colocándose a la cabeza de todos. Ya tan solamente era Hunter el que les llevaba la delantera, precisamente el único a quien les interesaba adelantar.

Antes de que pudieran darle alcance llegaron al desfiladero, y Hunter, al pasar, les dijo a los hombres, que ya estaban allí apostados.

—¡Resistir todo lo que podáis para que no pasen esos hombres!

Siguió corriendo, y al poco tiempo apareció Bull, que iba a la cabeza de sus amigos. Su entrada al desfiladero fué recibida por una descarga, de la que milagrosamente salió ileso. Detuvo su caballo un segundo, lo preciso para decirles a los compañeros que venían con él:

—Distraer con las pistolas a esos hombres mientras yo consigo pasar.

Echaron pie a tierra los otros y respondieron a la descarga de los cómplices de Hunter con otra, y Bull, escudándose tras el cuello de su caballo, consiguió pasar el desfiladero y proseguir la persecución de Hunter.

Entre tanto habían llegado al poblado y precisamente al café de Hunter el alguacil

y varios policías, y preguntaron a los que allí estaban, a la vez que les enseñaban el periódico donde aparecían las fotografías de los tres reclamados:

—¿Han visto por aquí a estos hombres?

—Ojalá no los hubiéramos visto nunca—respondió uno de ellos.

—¿Luego, han estado aquí?

—Mire por el suelo—siguió diciéndole el otro, señalándole las mesas rotas—y verá sus tarjetas de visita.

—¿Saben para dónde han partido?

—Según creo, camino de Dakota.

El alguacil no esperó más para reunirse con su gente y seguir la persecución de aquellos tres hombres que tanto interés tenía en detener.

Bull, en aquellos instantes, seguía corriendo tras de Hunter, que siguiendo las instrucciones del mapa robado, iba directo hacia el lugar donde se hallaba la mina descubierta por el padre de Mary.

Por fin llegó al lugar donde estaba ésta, y ya se disponía a colocar la señal suya, cuando Bull se presentó también. Echó mano el otro al revólver, mas antes de que pudiera hacer uso de él, ya se había lanzado sobre él Bull, y de un formidable puñetazo lo hizo rodar por tierra. Se levantó Hunter y respondió a la agresión, demostrando que tampoco era manco un eso de repartir puñetazos.

Uno a otro se atacaban con una furia infernal, como si entre ellos existiese un odio que solamente la muerte pudiera aplacar. Y en esta lucha de igualdad de fuerza nadie podía adivinar quien de los dos resultaría el vencedor. Además, luchaban al borde de un precipicio y tenían que procurar, además de librarse de los golpes del contrario, de no caer en el abismo que ante sus pies se extendía.

Cerca de cinco minutos duró aquella lucha, hasta que un golpe de Bull hizo perder el equilibrio a Hunter y cayó al fondo del barranco, quedando destrozado su cuerpo.

Ace y todos los demás que llegaron en aquel momento sólo pudieron ver la caída de Hunter, y Bronco exclamó:

—Me parece que Hunter ya no elegirá más caballos.

—Ya no tiene nada que temer, Mary—exclamó Bull—. La mina es suya y nadie podrá quitársela.

—¡Jamás podrá agradecerles bastante lo que por mí han hecho, muchachos—exclamó casi llorando de emoción Mary—. Seremos siempre amigos y dividiremos la mina entre todos.

Bronco se creyó en el caso de intervenir, y exclamó:

—Siempre estuve seguro de que la virtud

encuentra su recompensa. La nuestra también la ha encontrado, ¿verdad, Ace?

—Aquí podréis formar un hogar—siguió diciéndoles Mary—. Yo misma, si es preciso, me encargaré de buscaros unas jóvenes bonitas para que os caséis.

—Y que Bronco haría un padre ideal—exclamó riendo Ace—. Ya me lo estoy viendo, sentado ante el fuego, con un bebé en las rodillas.

—Pues la figura que harías tú, no quiero ni pensarla—le respondió Bronco, riendo a más no poder.

—Y ahora que eres dueño de una mina?—le preguntó Ace, como quien de pronto tiene un súbito pensamiento—. ¿qué tal si hiciéramos una pequeña apuesta?

—Llevas razón—aceptó Bronco—. Apostaré todo lo que te debo, mi parte de la mina y veinte dólares que tengo en efectivo.

—Aceptado—exclamó Ace, a la vez que sacaba la baraja—. Dime qué carta quieres que corte.

—No, no—protestó Bronco—; con tu baraja nada quiero. Aquí tienes una que yo me he comprado, por si se presentaba la ocasión. Tómala y a ver si me cortas el as de espada.

No le pareció muy bien a Ace aquella estratagema de su compañero, pero por una vez en la vida quiso ser caballero y dejar a



—Tu amor es mi mayor tesoro—

la suerte su fortuna, y cortó la baraja con resultado negativo, lo que hizo exclamar a Bronco:

—Ya sabía yo que tenía que cambiar mi suerte.

—¿Por qué tenías esa seguridad?—preguntó Ace.

—Precisamente porque, mira—y le enseñó el as de espadas que él había extraído antes de la baraja—, sabía que esa carta no estaba en la baraja. Ya estamos en paz.

—Eso no está bien—exclamó Ace, queriéndole dar lecciones de moralidad—. El dinero que consigas de esa forma no te hará nunca ningún provecho.

—Pues lo mismo te digo, amigo. Arrímate ese cuento, que creo que va más para ti que para mí.

Entre tanto, Mary, que había advertido que Bull estaba herido, se cuidaba de vendarle la mano, y apenas hubo acabado aquella operación, Bronco vió aparecer sobre la colina inmediata al alguacil y a sus hombres. Corrió en busca de Bull, y le dijo señalándole hacia donde estaban aquéllos:

—Bull, espábilate. Ahí viene el alguacil y querrá tener un rato de conversación con nosotros. Ya sabes que es una persona muy antipática, con quien no se debe hablar.

De un salto montaron los tres amigos sobre sus caballos y Bull se despidió de los jóvenes, diciéndole a Bruce:

—Sé bueno con ella, Bruce... Algún día volveré por aquí.

—Pero, Bull — exclamó la muchacha —, ¿no comprendo por qué quieren marcharse tan precipitadamente?

—Ya se lo explicaremos en otra ocasión. Aquí tiene nuestras fotografías, para que se acuerden de nosotros.

Y les entregó el periódico donde aparecían aquellos reclamados por la justicia.

Pronto desaparecieron, seguidos del alguacil y sus hombres, mientras que Mary decía a su novio:

—No estaré tranquila hasta saber que se han librado. ¡Qué buenos han sido para nosotros! Han sido tres verdaderos caballeros.

Un grito resonó a lo lejos de la montaña, y Mary y su novio volvieron la vista hacia el lugar de donde habían partido. Vieron a los tres amigos que lanzando al aire sus sombreros les saludaban alegremente, como indicándoles que habían escapado del alguacil.

—¿Y ahora eres ya feliz?—le preguntó su novio.

Mary, acercándose a él, lo miró arrobada a los ojos y le respondió:

—¡Tu amor es mi mayor felicidad del mundo!

Y mientras que ellos se prometían aquella dicha que avivaba el fuego de su amor, los tres aventureros, como nuevos caballeros errantes, seguían la ruta indefinida de su vida, que no les marcaba ninguna meta.

F I N

Colección de usted las célebres
Ediciones BIBLIOTECA FILMS
(Título de la cinematografía)

El General Crack

Juan Barrymore

El Rey Vagabundo

Jeannette Mac Donald

Un Hombre de Suerte

Roberto Rey

Cascarrabias

Ernesto Vilches

Noches de New-York

Norma Talmadge

La Voluntad del Muerto

Antonio Moreno

El Zeppelin Perdido

Conway Tearle

Las Luces de la Ciudad

CHARLOT

96 páginas de texto selecto

— Poriada a todo color —

Precio del tomo UNA peseta

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
pago del importe en sellos de correo. Remiten cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Tarjetas postales al Bromuro y esmaltadas

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2'50 pesetas colección

Serie A

Clara Bon
Nue Carol
Dolores del Río
Javier Gayán
María Casares
Ramón Novarro
Charles Farrell
George O. Hris
John Gilbert
Charles Morris

Serie B

Tom Mix
Tom Tyler
Charles Jones
Hoot Gibson
Fred Thompson
Tex Ball
Buffalo Bill
Fred Hunter
Chiquella
Chirpita

Serie C

Greta Garbo
Gloria Swanson
Lillian Roth
Wilma Hanky
Mary-Douglas
Rodolfo Valentino
Nils Asther
Adolfo Menjón
Richard Dix
Gary Cooper

Serie D

Los diez más sugestivos besos
por los artistas más simpáticos

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. 2'50 pesetas colección

EL DESFILE DEL AMOR	M. Chevalier
EL ARCA DE NOE	Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO	Douglas Fairbanks
BEN-HUR	Ramón Novarro
LOS CUATRO DIABLOS	Javier Gayán

NO SE VENDEN POSTALES SUELTAS

Pedidos a

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídales hoy mismo
remitiendo su importe en billos de correo y cinco céntimos
más al certificado